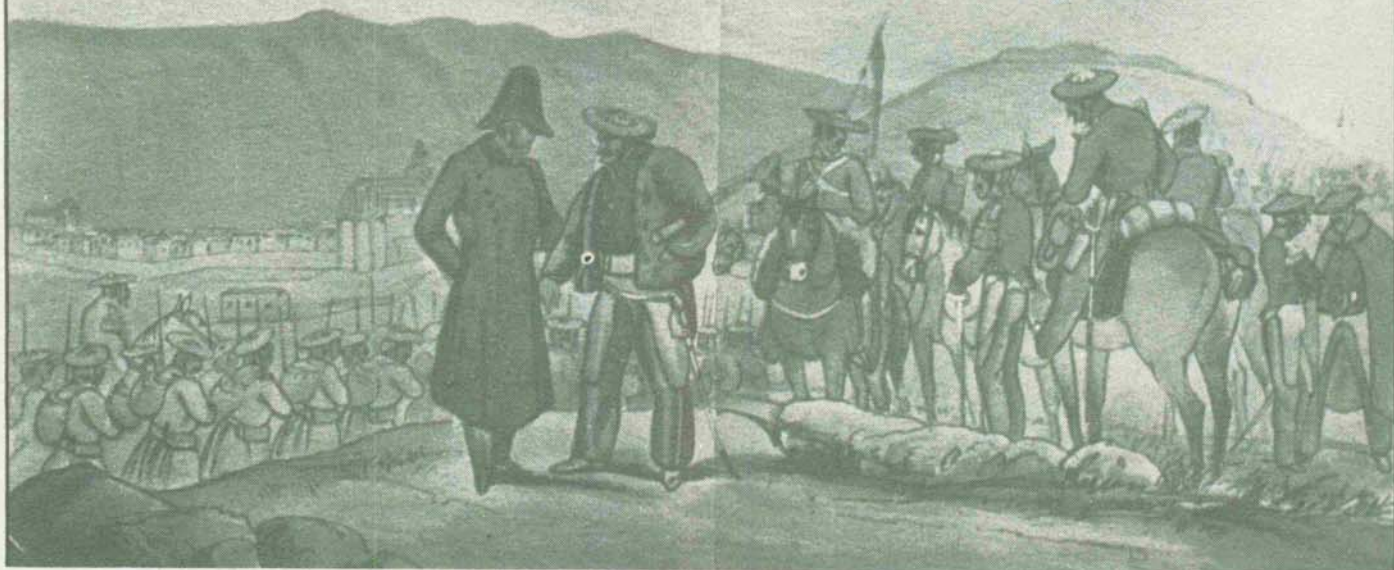


Noviembre de 1834

Zumalacárregui, al frente de las tropas carlistas



Don Carlos, Zumalacárregui y su Estado Mayor. «¡Voluntarios! Por el Rey se reconocerá por Comandante General de la división al coronel don Tomás Zumalacárregui, provisionalmente y hasta tanto se presente el coronel don Francisco Benito Eraso...»

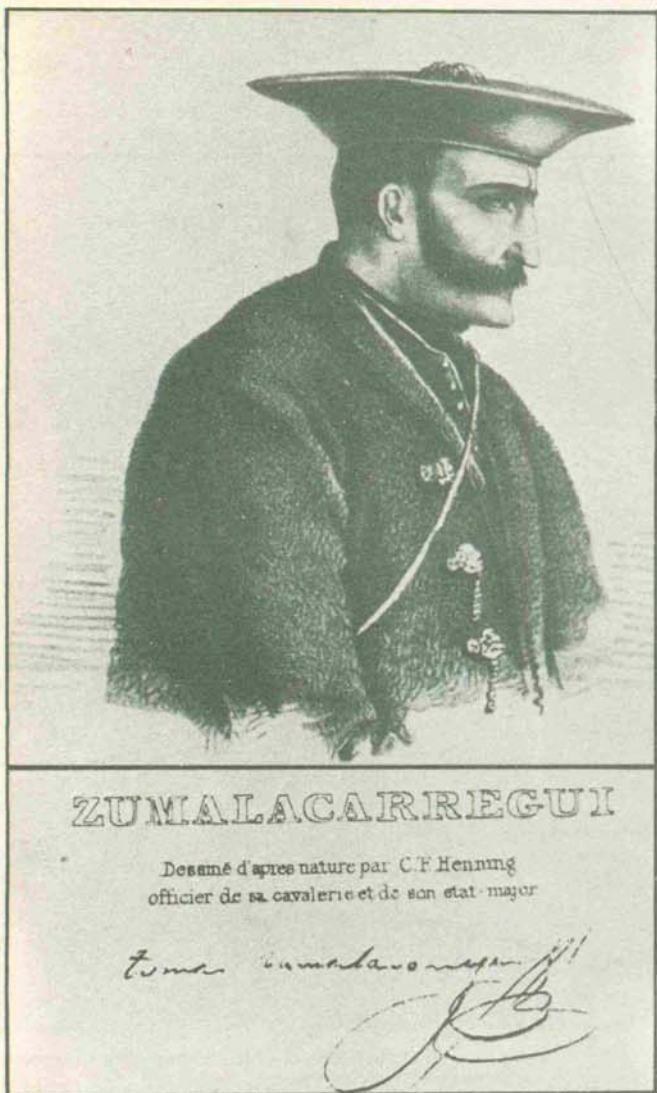
Juan Manuel de la Torre Acosta

TOMAS de Zumalacárregui es la figura más popular y casi mítica del carlismo. A pesar de que han pasado ciento cuarenta años desde su muerte, ha dejado una estela mezcla de romanticismo, hidalguía y heroicidad que continúa manteniendo viva su memoria. Su papel al frente del Ejército carlista, tras la sublevación de 1833, como organizador de las fuerzas a sus órdenes y como estrategia consumado, fue decisivo en la marcha de la guerra. Zumalacárregui disfrutó desde el principio de un apoyo popular que se acrecentó a medida que se consumaban sus éxitos.

LEYENDAS, canciones y romances divulgaron su figura por las tierras de España. En la onda patriótica del final de la Guerra Civil, José María Pemán evocaba en romances el recuerdo del caudillo carlista:

«Luchas. Victorias. La Fama:
¡Tomás de Zumalacárregui!
La Historia y la Gloria, tristes,
se aburren por las ciudades.
La Historia se va a los montes.
La Gloria se va a los valles.
Por valles y montes buscan
al jefe de los romances».

Su proclamación como comandante general del Ejército carlista viene igualmente envuelta en la leyenda. Uno de sus más inmediatos biógrafos, Francisco de Paula Madrazo, describe así su aparición ante los hombres del decaído ejército carlista: «En el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona, se divi-



Retrato hecho por Henningsen, aventurero filántropico y romántico que sirvió como lancero a las órdenes directas de Zumalacárregui. A diferencia de otros, éste tiene el sello de la autenticidad.

saba en una mañana del mes de octubre de 1833 un grupo compacto y numeroso de soldados carlistas cuyos semblantes mustios y abatidos retrataban fielmente el estado precario e incierto de su causa. Conversaban unos con otros aquellos provincianos sobre el poco suceso de la guerra y los que con menos espontaneidad, y ora cediendo a consejos ajenos, ora a la fuerza del ejemplo, habían dejado la esteva por el fusil, reconvenían agriamente a los que con halagüeñas promesas y seductores ofrecimientos los habían separado del dulce y tranquilo seno de sus mujeres y de sus hijos, haciéndoles trocar las pacíficas y sosegadas faenas del labrador por los afanes y la agitación del soldado. Estaban los desfallecidos defensores de Carlos V en lo mejor y más sabroso de su plática cuando vieron venir hacia ellos un hombre de medida y fornida estatura, envuelto en una capa y con boina y alpargatas a estilo del país. A medida que este hombre se les aproximaba parecía renacer la esperanza en los desmayados corazones; los semblantes de

los soldados iban recobrando su ordinaria animación, el animado grupo se iba extendiendo y como por una especie de instinto abría paso hasta su centro para que en él se colocase el hombre de la boina y de la capa. Llegó en fin este hombre, cuyo mágico poder se dejó sentir apenas se lo divisó a lo lejos, y cuando al verse rodeado de toda aquella gente se desembozó con dignidad y se dio a conocer, el más ferviente entusiasmo se apoderó de aquellos soldados que levantando en alto sus fusiles lanzaban gritos de júbilo marcial y llenaban los aires con la voz unánime y atronadora de 'viva Zumalacárregui'».

Sin embargo, contra lo que pudiera creerse, Zumalacárregui no contaba en 1833 con tan rotunda base popular que le respaldase de cara a convertirse en jefe indiscutible de las tropas carlistas. Las distintas biografías que sobre él se han escrito discrepan en este punto. Para acercarse a la vida y acción de Zumalacárregui, es importante la monumental obra de José M.^a Azcona dedicada al estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo, como lo son los trabajos de Federico García Rivera y Marcelo Núñez de Cepeda.

García Rivera al referirse, breve y confusamente, al nombramiento de Zumalacárregui como general en jefe del Ejército carlista, escribe: «Allí fue —tras el desastre de Oñate— en donde por primera vez se dio a conocer las condiciones relevantes de su carácter. Sin amilanarse por los recientes desastres ni por el abatimiento general, levantó el espíritu, hizo ver la necesidad de recoger a los dispersos, organizarlos y repartir el armamento que tenía allí reunido. En una palabra, tales pruebas de firmeza dio que las juntas de las tres provincias vascongadas que allí estaban le nombraron general en jefe de aquellas provincias con lo que resultaba el generalísimo de toda la insurrección».

Esta primera visión, pese a sus inconvenientes de falta de claridad y precisión, da al nombramiento un origen jerárquico con base en las Juntas de las provincias vascongadas, muy alejado, por consiguiente, de un apoyo mínimamente popular.

Más explícito, Núñez de Cepeda se limita, sin embargo, a transcribir el Acta que firmaron los «Señores Jefes y Oficiales» el 14 de noviembre de 1833 por la que se nombraba como jefe único a Zumalacárregui, y no añade ningún comentario ni precisión, para concluir que fue un nombramiento ordenado por la superioridad militar, sin base popular, ratificado posteriormente «el día 2 de diciembre de dicho año 1833 por las Diputaciones de Alava y Guipúzcoa... y siendo, poco más tarde, reconocida su Jefatura por las Juntas de Aragón y Cataluña».

Así pues, lo que inicialmente pareció haber sido iniciativa de las Juntas, ha de ser enmendado en el sentido de que éstas se limitaron a ratificar el acuerdo que antes habían tomado «los Señores Jefes y Oficiales».

Sin embargo, un librito publicado en 1952 con selección, prólogo y notas de Jaime del Burgo, aclara el decisivo acontecimiento. Se trata de la **Vida y hechos militares del Mariscal de Campo Don Juan Manuel Sarasa narrados por él mismo**. Es un testimonio personal e histórico que sirve de fundamento para afirmar lo que ya adelantábamos: Zumalacárregui no contaba en 1833 con apoyo popular que le respaldase para convertirse en jefe indiscutible de las tropas carlistas. Dejemos que sea el propio Mariscal Sarasa —principal protagonista en este asunto— quien narre los acontecimientos.

Nos encontramos en octubre de 1833. La muerte de Fernando VII plantea el problema de la sucesión. Carlos M.^a Isidro no acepta la solución de Isabel como reina de España. Los partidarios de D. Carlos preparan cuidadosamente la sublevación que estaría encabezada por el general Santos Ladrón. Sin embargo, éste «se precipitó... hizo el movimiento y se desgració. Ladrón fue fusilado y desarmados los voluntarios realistas de Navarra». D. Santos Ladrón de Cegama fue hecho prisionero en Los

Arcos y fusilado en Pamplona el 14 de octubre de 1833. He aquí, pues, que antes de generalizarse la sublevación el movimiento carecía de jefe. A mediados de octubre, Eraso comunicó a Sarasa la orden de rompimiento, con lo que comienza a desarrollarse la sublevación. Tras recorrer Roncesvalles —donde encontró poco apoyo— y los valles de Salazar y de Roncal, «el 23 llegué —cuenta el Mariscal Sarasa— a Mañeru con mi fuerza de 400 hombres bien armados y municionados y además 30 carabineros que se me unieron y formaron una compañía de tiradores. Poco antes llegó Iturralde con unos 300 hombres, mucha parte desarmados. Al momento tuve con él una entrevista; le hice saber cuanto ocurría sobre el levantamiento en favor de D. Carlos; que muerto D. Santos recaería el mando en Eraso y Zumalacárregui desde el momento en que se presentasen y que tanto él como yo ocuparíamos el lugar que nos correspondiese. Aceptó o aparentó aceptar este partido... El segundo batallón quedó resentido de que Iturralde (que les era poco simpático) quedase con el mando...».

A través de estas primeras noticias, pueden apreciarse cuáles eran las disensiones internas en el seno del Ejército carlista de cara a la obtención de una jefatura. Está claro el apoyo de Sarasa a Zumalacárregui y Eraso y la falta de apoyo en la tropa de Iturralde, circunstan-



Grabado de la época, que refleja el entusiasmo de unos voluntarios carlistas ante la aparición de Zumalacárregui: «El más ferviente entusiasmo se apoderó de aquellos soldados que levantando en alto sus fusiles lanzaban gritos de júbilo...».

cia ésta que iba en aumento ya que «Iturralde —hombre quisquilloso, dice Sarasa— se desconceptuaba de día en día y sólo a fuerza de mis reflexiones y hasta de amenazas de quitarle el mando si no variaba de conducta se contenía algún tanto». Pero no hay que olvidar aquí un hecho importante que será decisivo para los acontecimientos posteriores: Sarasa contaba con ascendiente en la tropa y en el pueblo. De ahí que las comunicaciones que hiciese a Iturralde fuesen no sólo una postura de fuerza sino también, y en cierto modo, una expresión de un sentimiento popular. Iturralde era consciente de ello.

ITURRALDE DECIDIDO A NO CEDER EL MANDO

No era para nadie un secreto: Iturralde quería a todo trance continuar en el mando. Cuando Zumalacárregui se le presentó, Iturralde le mandó en comisión a Vitoria con objeto de proporcionar armas a los desarmados. Mientras tanto, Sarasa se dirige a Aguilar, donde se encuentra con Iturralde, con el objeto de discutir quiénes debían ser los integrantes que compusieran una Junta. Efectuados los nombramientos —Juan Echevarría, Martín Luis Echevarría, Joaquín Marichalar, Benito del Río y Juan Crisóstomo y Vidaondo—, Sarasa parte hacia Vitoria para entrevistarse con Zumalacárregui: «... Le dije era preciso volviere conmigo a tomar el mando de la división provisionalmente y que cuando Eraso se presentase entre ambos quedaría la primera y segunda Co-

mandancia General». Conocedor Zumalacárregui de la resistencia de Iturralde a ceder el mando, así se lo comunicó a Sarasa, quien replicó «que si Iturralde no cedía voluntariamente yo (Sarasa) le obligaría a hacerlo, respondiendo con mi cabeza del éxito».

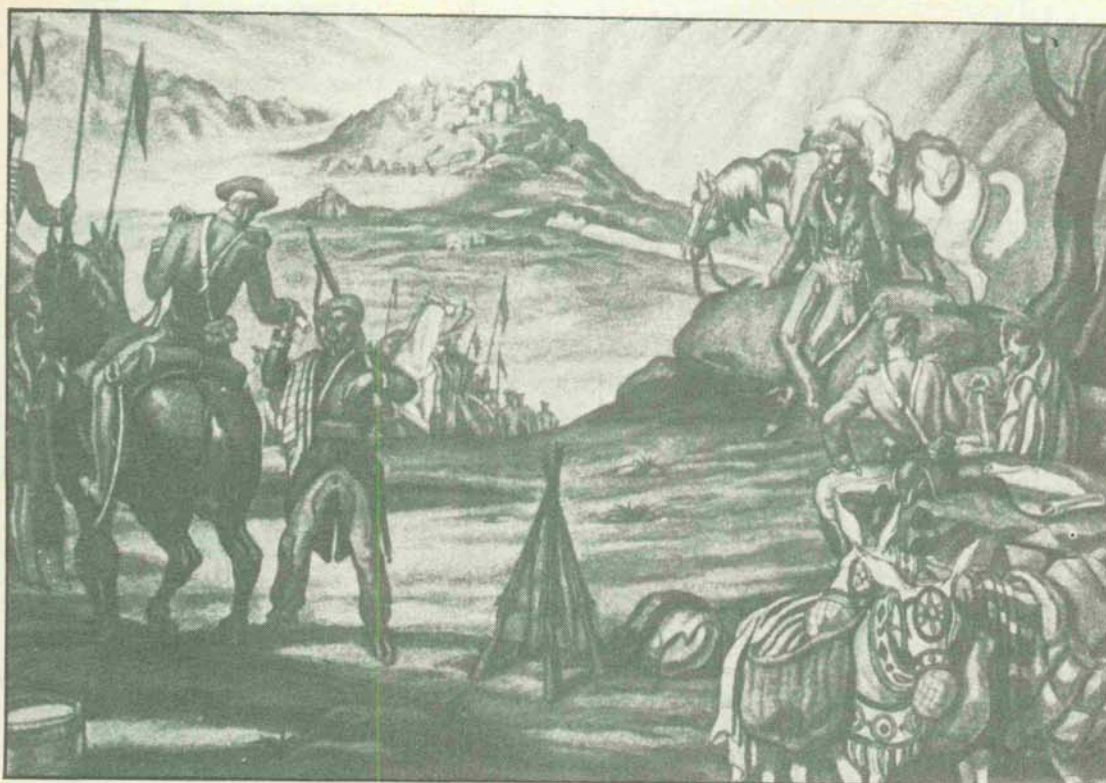
Una vez conseguidos los 200 fusiles, objeto de la misión de Zumalacárregui en Vitoria, éste y Sarasa emprenden viaje a Bilbao, encontrándose el 12 de noviembre en Los Arcos con Iturralde. A partir de este momento se precipitan los acontecimientos: «Como Iturralde se hiciese el desentendido sobre lo de entregar el mando a Zumalacárregui, dije a éste que así que llegásemos al pueblo y formasen los batallones le daría a reconocer ante ellos, si no con voluntad de Iturralde, prescindiendo de él».

A pesar de su decidida actitud, Sarasa habló sobre el particular con los jefes, quienes deseaban ansiosamente reconocer a Zumalacárregui por su superior. Una vez guardadas las espaldas y «seguido de Zumalacárregui, me presenté a Iturralde nuevamente diciéndole era indispensable para el bien de la causa dar a conocer a Zumalacárregui, que así lo deseaban el país, la Junta y los batallones y que para su convencimiento reuniese los individuos de la Junta, los jefes y aún si le placía los capitanes. Convino en ello...».

¿Cuál fue la actitud de los capitanes? Una vez reunidos por Sarasa para dilucidar sobre quien debía recaer el mando, dijeron que decidiesen los jefes y la Junta y, sin más, se retiraron. Al día siguiente —14 de noviembre— Iturralde marchó a Estella con los batallones.



El general Zumalacárregui, con dos ayudantes, presidiendo un desfile en los llanos de Alsasua. «Zumalacárregui no contaba en 1833 con tan rotunda base popular que le respaldase para convertirse en jefe indiscutible de las tropas carlistas.»



Los trazos característicos de C. Sáenz de Tejada nos recuerdan escenas carlistas a las que José M.^a Pemán pone «acento poético»: «Luchas, Victorias. La Fama: ¡Tomás de Zumalacárregui! La Historia y la Gloria, tristes, / se aburren por las ciudades / La Historia se va a los montes/ La Gloria se va a los valles / Por valles y montes buscan/ al jefe de los romances/».

Allí se dirigió Marichalar, miembro de la Junta, para saber a qué hora debía reunirse ésta. Iturralde le despidió de mala manera. «Con esta novedad y acompañado de Zumalacárregui fui a verle. Principió la entrevista con algunas reflexiones... pero no había avenencia posible pues Iturralde quería a todo trance continuar en el mando.» Finalizada la entrevista y ante lo infructuoso de los intentos llevados a cabo, Sarasa dijo a Zumalacárregui: «Esta tarde haré que reconozcan a usted los batallones y la Junta... Efectivamente, a la hora que me pareció oportuna marché a la guardia de Iturralde y mandé al tambor tocarse llamada; en seguida partí para la plaza y formados los batallones en columna cerrada, presentando a Zumalacárregui a mi derecha y mandando armas al hombro, desenvainé la espada y dije en voz alta: 'Voluntarios. Por el Rey se reconocerá por Comandante General de la división al coronel don Tomás Zumalacárregui, provisionalmente y hasta tanto se presente el coronel don Francisco Benito Eraso y entre ambos quedará la primera y segunda Comandancia General, por convenir así al mejor servicio del rey nuestro Señor. Voluntarios ¡Viva el Rey!'... Acto continuado mandé un oficio a Iturralde... haciéndole saber había cesado en el mando por haber dado a reconocer a Zumalacárregui ante los batallones».

Conocida la fulminante decisión de Sarasa, Iturralde se avino a ella por fuerza, siendo nombrado posteriormente por Zumalacárregui jefe de la Primera Brigada del Quinto Ba-

tallón, mientras que Sarasa lo era de la Segunda.

Quedaban solucionados así los problemas que presentaba la jefatura del ejército carlista, pues aunque «a los pocos días se presentó Eraso, queriendo Zumalacárregui cederle el mando no sólo no accedió, sino que el mismo Eraso dio una orden general a la división ratificando el nombramiento y reconocimiento de Zumalacárregui». Dentro de esta línea, digamos de legalidad, habría que volver a citar el Acta que nos dio a conocer Núñez de Cepeda y que decía en sus últimos párrafos: «Asimismo han dispuesto dichos Señores que se oficie al Señor Comandante Don Francisco Iturralde cese en el momento en las funciones que hasta ahora ha desempeñado en este cargo, respecto a que es de inferior graduación al citado coronel Zumalacárregui... y carece de la competente autoridad para obtener el citado mando». Quedaba de este modo definitivamente legalizada —en su doble aspecto, militar y político— la jefatura de Zumalacárregui sobre las tropas carlistas el 15 de noviembre de 1834. Los acontecimientos posteriores hicieron que su figura descollase de tal manera que llegó a ser el centro de atención de la primera Guerra Carlista y el ídolo del País Vasco. Zumalacárregui fue un héroe en el Norte, como Cabrera lo sería en Levante. Dos claros ejemplos de ese mesianismo del que nuestro pueblo, tanto en el campo militar como en el político, hizo a menudo profesión durante el apasionado siglo XIX. ■ J. M. de la T. A.